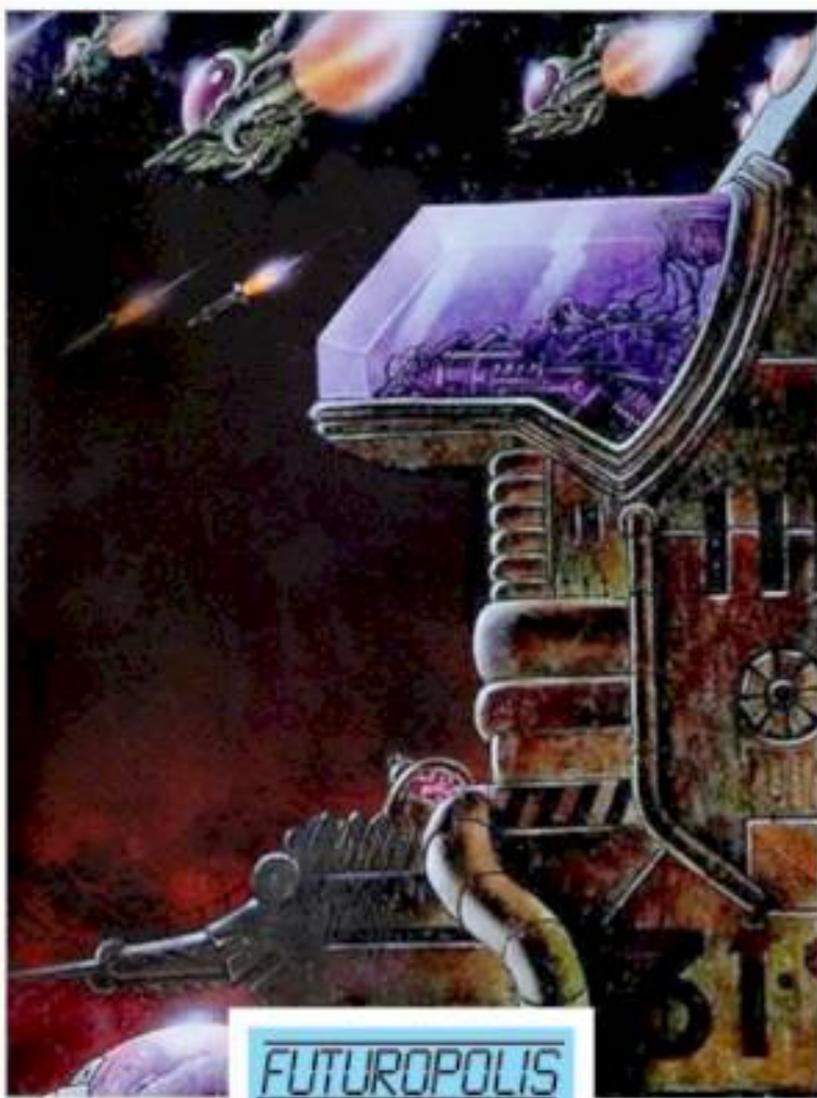


Gordon R. Dickson
NIGROMANTE

Cielo Dorsai II



En aquel preciso momento, durante una fracción de segundo, cuando el dragón y las aguas hubieron desaparecido, apareció algo mortal y real.

Aquello llegó desde una distancia que, comparada con la de las estrellas más lejanas, correspondía a un solo paso de un largo viaje.

Aquello llegó a una velocidad que, de ser comparada con la velocidad del pensamiento, hacía esta última despreciable.

Aquello llegó por el camino oscuro y pavimentado con el que Paul soñó mientras volvía al hotel en el día en que viera al Nigromante por primera vez.

Aquello era ciego y joven y todavía no estaba completamente formado, pero Paul reconoció en ello a su enemigo sin armadura.

Y aquello golpeó.

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se

editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny (1970).
5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).

12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphane Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).

32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).
38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

«Pero el sendero se divide. Veo
Incipiente, la oscura realidad
Golpeando dos veces desde la antigua Unidad
... Y yo soy el enemigo de mi Hermano».

La torre encantada, HAL MAYNE

LIBRO PRIMERO

AISLADO

TRAVÉS DEL DOBLE ESPESOR DEL CRISTAL, VEO
JJARSE EN LAS TINIEBLAS LA IMAGEN DE MI HERMANO.
DANOS, THOR, PUES SOMOS PRISIONEROS.
LPEA, SEÑOR! ¡LIBÉRANOS!

TORRE ENCANTADA

Capítulo 1

La mina, hablando de un modo general, funcionaba automáticamente. La componían equipos que valían unos ciento ochenta millones de dólares, y se extendía por aproximadamente tres millas cúbicas y media de mineral aurífero —granito y cuarzo—, totalmente controlados por medio de un sencillo panel de mandos ante el que se sentaba el ingeniero de servicio.

Como un organismo macizo de múltiples objetivos, la instalación minera funcionaba en la roca a través de las diferentes capas. En variados niveles roía el mineral aurífero, reduciéndolo a trozos del tamaño de guijarros y enviándolos, por medio de vagonetas, hacia las instalaciones de la superficie, que se encontraban seiscientos pies más arriba. A medida que la maquinaria de la mina se desplazaba, creaba, para abandonar posteriormente, pozos que conducían a la superficie, tubos elevadores, nuevos niveles y gradas de exploración; y extendía la amplia caverna central hacia la que la pesada maquinaria y su panel de control se deslizaban junto con el trabajo en curso, instalando raíles por delante de su marcha y retirándolos al pasar.

Un único ingeniero de servicio controlaba todo aquello. Pero una cierta dosis de megalomanía no podía causar ningún perjuicio al trabajo. Estaba sentado ante el panel de mandos lo mismo que la personalidad ante el cerebro. Todo su trabajo consistía en un control final. La decisión lógica y los hechos en los que poder basarla le eran proporcionados por el ordenador integrado con el equipo. La respuesta lógica óptima era aplicable con sólo pulsar un bo-

tón. Pero se había descubierto que, como el propio proceso de la vida, aquello se parecía mucho más a una explotación minera moderna que a la lógica.

Los mejores ingenieros lo habían *sentido*. Era una sensibilidad nacida de la experiencia, del talento e incluso de algo parecido al amor, gracias a la cual eran amos no solamente de las montañas, sino de la máquina que conducían y controlaban.

Aquél era uno más de los numerosos esfuerzos del hombre, para quien cierto talento especial resultaba necesario. Menos del diez por ciento de los jóvenes ingenieros de minas que se diplomaban cada año poseían la habilidad adicional imprescindible para ser uno con el titán que dirigían. Incluso en los atestados mercados de trabajo del siglo XXI, las minas siempre estaban buscando el mayor número posible de ingenieros cualificados. Cuatro horas diarias de trabajo continuo, incluso para los talentados miembros del clan del diez por ciento, era mucho tiempo para ser un dios sin pecados. Y la máquina no descansaba jamás.

Paul Formain, a más de seiscientos pies por encima del puesto de control frente al panel, durante su primera jornada, salió de su pequeña habitación individual, una burbuja de plástico blanco, y vio las montañas.

Y, repentinamente, aquello volvió; lo mismo que le había pasado tantísimas veces desde el accidente en el barco, cinco años antes, y tan frecuentemente desde hacía poco tiempo.

Pero no era el mar abierto lo que veía en aquel momento. Ni siquiera la imagen, vista en sueños, de una silueta extraña y tenebrosa ataviada con algo parecido a una capa y con un alto sombrero puntiagudo que pareció devolverle la vida una vez muerto y llevarle hasta el barco, donde finalmente fue encontrado y salvado por el guardacostas.

Se trataba de las montañas.

Súbitamente, dando la espalda a la puerta de plástico blanco, se inmovilizó y las vio. Cerca suyo había un declive escarpado y, a su alrededor, las construcciones de la Mina Malabar. Por encima de él, el azul frágil de un cielo de primavera hablaba con el azul oscuro de un profundo lago, cuyas aguas llenaban la grieta labrada en la roca de la montaña. A su alrededor se estiraban las Montañas Rocosas, extendiéndose, en una dirección, treinta millas hasta llegar a la ciudad de Kamloops, en la Columbia Británica, y, en otra, hasta alcanzar la Cadena Costera y las rocosas playas batidas por la resaca del Pacífico. De un modo inesperado, las sintió.

Como si fueran reinas, las montañas se elevaban, rodeándole. La resaca retumbaba en su sangre y, de golpe, creció, avanzando con grandes zancadas para reunirse con ellas. Tenía la altura de una montaña entre montañas. Con ellas, sentía el eterno movimiento de la tierra. Durante un momento se sintió desnudo, pero controlando los vientos de la comprensión. Y le silbaban una palabra...

Miedo: *¡No bajes a la mina...!*

—... Sea lo que sea, se librará de ello —le dijo el psiquiatra de San Diego cinco años atrás, después del accidente—. Lo hará ahora que lo ha comprendido.

—Sí —le había dicho Paul.

Aquellas palabras cobraron sentido entonces, cuando pudo ver la explicación bajo la guía del psiquiatra. Era huérfano desde los nueve años, cuando sus padres desaparecieron simultáneamente en un accidente de transporte. Fue confiado a unos buenos padres adoptivos, pero no era lo mismo. Siempre había sido un solitario.

Le había faltado lo que el psiquiatra de San Diego llamaba «egoísmo protector». Tenía la capacidad de las personas inteligentes, pero carecía del pequeño impulso que

las lleva a emplear esa inteligencia en su propio provecho. Aquello había embarazado a los que se pudieron convertir en sus amigos cuando comprendieron la actitud que demostraba. Un sentimiento impulsivo les llevaba a poner cierta distancia protectora entre él y ellos. Pero, por debajo, temían su conocimiento y no confiaban en su reserva. Siendo niños, les veía apartarse sin llegar a entender las razones que pudieran tener para ello. Y aquello, como dijo el psiquiatra, le daba una imagen falsa de su propia situación.

—Después de todo —le comentó el médico—, esa ausencia de deseos de obtener ventaja de una capacidad acaba por convertirse en una incapacidad. Pero no es peor que cualquier otra incapacidad, como el ceceo o la falta de un miembro. Con no sentirlos, se puede vivir sin ellos.

Pero parecía que, incluso inconscientemente, lo había sentido de aquel modo. Y aquel sentimiento había culminado en una tentativa inconsciente de suicidio.

—... Sin ninguna duda —le dijo el psiquiatra—, a usted le sorprendió el mal tiempo a bordo del barco, pese a las advertencias del guardacostas. Pero usted tendría que haber sabido que estaba peligrosamente lejos de la costa con un velero tan pequeño, fuera cual fuese el estado del tiempo.

La tempestad le arrastró y le abandonó después. Fue a la deriva y, en los calmados días que siguieron a la tormenta, llegó la muerte, como un pesado pájaro gris que se colgara del inútil mástil, agazapada a la espera.

—Tenía usted razones sobradas para padecer alucinaciones —le informó el psiquiatra—. Es natural que creyese que estaba muerto. Cuando al fin le ayudaron, buscó automáticamente alguna justificación para el hecho de estar todavía vivo. Se había ya provisto inconscientemente de aquella extraña visión de haber sido devuelto a la vida por una figura de aspecto paternal, alta y misteriosa, vestida con ropas que denotaban una actitud mágica. Pero cuando recuperó plenamente el sentido, su mente consciente no

pudo dejar de encontrar las debilidades de toda aquella historia.

No, reflexionó Paul, no podía dejar de pensar así como así. Se acordaba del hospital de San Diego y la cama en la que se encontraba, dudando de sus recuerdos.

—... Así que, para ayudarse, se provocó usted mismo esos momentos de extrema sensibilidad, casi dolorosa, que cumplía dos necesidades. Procuraban un soporte para su idea fantasiosa y delirante de haber sido sacado de la muerte y actuaban como excusa ante lo que había causado el deseo de morir. Inconscientemente, se decía a sí mismo que era «diferente».

—Sí —respondió Paul—. Ya veo.

—Ahora que ha comprendido por sí mismo la verdadera situación, la necesidad de justificarse tendría que disminuir. La fantasía debería ir borrándose gradualmente y los momentos de sensibilidad serán cada vez menos frecuentes, hasta que lleguen a desaparecer.

—Me alegra oírlo —replicó Paul.

Pero, durante los pasados cinco años, aquellos momentos ni habían disminuido ni, mucho menos, desaparecido. Se habían quedado con él, y el sueño original se hundía obstinadamente en la retaguardia de su mente. Pensó consultar a otro psiquiatra, pero siempre tenía presente que el primero no le había ayudado. ¿Qué podría esperar de un segundo?

En lugar de hacerlo, para poder vivir con su problema, se ancló a algo que descubrió en él después del accidente. En lo más profundo de su ser, algo invencible se aferraba sólidamente para resistir las frecuentes ráfagas de los vientos de las sensaciones. De algún modo pensaba como si todo aquello estuviera enlazado, aunque siguiera siendo independiente, con el mago de alto sombrero que apareció en su sueño. Por ello, cuando soplaban los vientos sus advertencias, las sentía pero no se dejaba guiar por ellas. *Miedo*, decían las montañas. *¡No bajes a la mina!* Esto es idio-

ta, respondía el espíritu consciente de Paul. Recordó que, después de todo, le pagaban por un trabajo para el que su educación le designaba claramente. Un trabajo que, en el mundo superpoblado en que vivía, era el sueño de muchos hombres y la meta de algunos de ellos. Hizo un esfuerzo para llegar a lo que se mantenía en la parte oscura de su mente, indomable.

El miedo, fue la respuesta, es simplemente un elemento más en la multitud de factores que se deben considerar para ir del punto A al punto B.

Paul se sacudió para liberarse de los vientos de sensibilidad y volver a la ordinaria existencia del mundo. Las construcciones de la Mina Malabar se alzaban a su alrededor. A cierta distancia, en la parte inferior del declive en cuya cima se encontraba, la mujer del contable de la compañía salió al patio trasero de su casa y gritó algo a la mujer del ingeniero de superficie, en el patio de al lado, por encima de una cerca baja de color blanco. Era el primer día de trabajo de Paul y estaba a punto de llegar tarde para el servicio bajo tierra. Apartó la vista de las montañas y sus construcciones y la dirigió al camino cimentado que conducía al pozo principal de la mina. Luego, se puso en marcha hacia el deslizador que ya le esperaba.

Capítulo 2

El deslizador hizo descender a Paul unos seiscientos pies en vertical a través de la roca de la montaña. A pesar del romanticismo de su envejecido nombre, el deslizador no era otra cosa que un tubo elevador magnético. A través de las transparentes paredes del tubo, el granito y el cuarzo rosa centelleaban ante sus ojos a medida que descendía. Le hablaban del mismo modo que lo habían hecho las montañas, pero con voces más débiles, más finas, delgadas, cristalinas, sin cumplidos, sin benevolencia ni merced. Entre ellas y él mismo aparecía la débil imagen de Paul reflejada por la pared del tubo descendente: el rostro de un hombre joven, de veintitrés años, de hombros anchos, que ya no era ni un niño ni un adolescente.

Era alto, robusto, con sólida osamenta, la cabeza redonda y el aspecto atlético. Casi como un jugador de *rugby*, pero no uno corriente. No era tan macizo como los de la primera línea, ni poseía la tensión nerviosa suficiente como para ser un tres cuartos. Quizá un zaguero. Posiblemente ésta fuera la comparación más conveniente. A ello había que unir una calma poderosa, y unas manos capaces de dedos muy largos y aptos para asir la pelota. Recordaba haber jugado al *rugby*, y que lo hacía bien. Fue con el equipo del Instituto de Minas de Colorado, donde estaba matriculado como estudiante.

Sus ojos eran curiosamente profundos, y de un tono gris cálido. Tenía la boca agradable, quizá un poco grande, pero matizada por unos labios delgados. Sus cabellos lisos eran castaño claro y empezaban a poblarse de canas por